



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13788

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 pías.—Tres meses, 6 id.—Extra-
jera: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º
y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MARTES 28 DE JUNIO DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París A. Lorette, rue Caumartin
16; y J. Jones, Fauburg-Montmartre, 31.

Paciencia

Con esa palabra contesta la Ru-
sia oficial á las quejas de la Rusia
que sufre y que paga. Ya lo dijo
un día Cristóbal de Castro en una
de sus tan—por todos conceptos—
interesantes cartas.

Paciencia! Por mucha que haya
almacenado el pueblo moscovita,
no es posible que quede remanen-
do. Si Job perteneciera al mundo y
viera la estepa, hace ya mu-
cho tiempo que habría dejado de
ser el hombre virtuoso de que ha-
bla la Biblia.

Paciencia! Puede recomendarse
los que se quejaban al saber la
caída de la escuadra de Togo á
la de los japoneses, de la que resul-
tó esta última terriblemente lesio-
nada. Aquella fué una acción trai-
dora, que la iban á pagar muy ca-
ra los nipones tan luego diera co-
mienzo la campaña en tierra.

Cuatro meses muy largos van
corridos desde aquella fecha y aún
no han hecho los rusos el anuncia-
do cobro. Cuando se desesperan y
se indignan al verse humillados
por un enemigo tan pequeño como
el japonés, aún hoy sus oídos la
palabra 'paciencia' salida del Esta-
do Mayor.

La paciencia rusa es manantial
que no se agota. Si así no fuese no
se comprendería que aún les que-
dara alguna para seguir recibien-
do noticias de reveses, sin provo-
car un estallido de la indignación.

Y lo peor de todo es que cuanto
aquí arrañe del espíritu quiere
manifestarse, siempre hay una pa-
labra que lo calme; y á creer lo que
tales palabras explican, las fechas
sinistras que se han escrito ya
para los rusos en esta campaña
ruso-japonesa, son los preliminares
de una gran victoria para las ar-
mas moscovitas, que ha de echar
por tierra, para ahora y para siem-

pre, las ambiciones del Mikado y
aun la propia existencia del Ja-
pón.

La sorpresa de la escuadra de
Port-Arthur fué una traición. La
sangrienta batalla que franqueó á
los japoneses el paso del Yalu no
era lo que de momento parecía—
una derrota de los rusos—sino un
ardid de guerra de Kouropatkine
para atraer á Kouroki á la Man-
churia y batirlo á placer. Los com-
bates que luego se han librado
obedecen al mismo plan. La horro-
rosa batalla de Kincheu fué suceso
que estaba previsto. El asedio de
Port-Arthur es un hueso para en-
tretener y dividir las fuerzas ama-
rillas y la retirada de Kouropat-
kine, lenta pero continua, no tie-
ne más objeto que alejar á las tro-
pas japonesas de su base de opera-
ciones, para que la acometida en
proyecto, esa acometida de que se
viene hablando hace ya cuatro
meses, produzca los mayores efec-
tos, es decir, para destruir de un
modo total y de una sola vez los
ejércitos del Japón, convirtiendo
en inmenso sepulcro japonés el ex-
tenso escenario de la guerra.

Todo eso ocurrirá cuando Kou-
ropatkine disponga de cuatrocientos
mil hombres... Pero ¿es que no
los tiene todavía? Hace tiempo se
dijo que diariamente recibía por
el transmanchuriano numerosos
refuerzos. Hasta se fijaba la cifra:
7.500 soldados; mas la realidad
desmiente la noticia. Estas pícaras
matemáticas...

Suponiendo que no hubiese en
la Manchuria un soldado ruso al
comenzar la guerra y que los pri-
meros llegaran diez y siete días
después de comenzada, el general
Kouropatkine dispondría ya de los
cuatrocientos mil combatientes que
desea. Con que se le hubiesen en-
viado, no los 7.500 que se dice,
sino 3.400, tendría a su disposición
aquella cifra.

El dato es caprichoso pero no
exagerado. Tampoco es exagerada

la cifra para una nación que cuen-
ta los combatientes por millones.

Sin embargo, se multiplican los
reveses y se recomienda al pueblo
la paciencia contra esos descalab-
ros, que, al decir de los directo-
res de la guerra, nada significan
para el resultado final.

En disponiendo el general Kou-
ropatkine de cuatrocientos mil
hombres...

En llegando la escuadra del Bál-
tico...

Pero ni el general logra reunir
aquella cifra, ni la escuadra sale
de su fondeadero para el Extremo
Oriente.

Sin embargo,—se dice—hay que
tener paciencia.

Job habría agotado la suya.

TIJERETAZOS

Dice un telegrama, que en Seul, capital
de Corea, han ocurrido varios casos de có-
lera morbo.

Con eso y con que penetre la epidemia en
Europa por los puertos de Rusia, qué gusto
nos va á dar.

El doctor Hilgandort, sabio alemán, y
profesor anatómico de una universidad ja-
ponesa, ha promovido un alboroto en el
campo científico.

¿La causa?
Pues apenas es nada lo del ojo.
O lo de las mandíbulas, porque se trata
de quijadas.

En el caso que el doctor alemán ha de-
cubierto que los japoneses tienen dobles
mandíbulas.

Y á esos hombres que tienen más mandí-
bulas que los demás mortales se les tiene
por inferiores.

¿Qué error!
Ya lo dice el doctor alemán:

«Ese carácter anatómico—el de las man-
díbulas—es privativo de la raza japonesa, y
hace que esta ocupe lugar especial en la
familia humana.»

Si se enteran los nipones de ese descubri-
miento, nos van á mirar por encima del
hombro.

Leemos:
«Mañana explicará en el Congreso su

anunciada interpelación sobre asuntos de
Valencia, el diputado republicano Sr. So-
riano.»

Dada la especial oratoria de ese repre-
sentante del país y el cariño entrañable que
siente por su compañero y amigo Blasco
Ibáñez, tendrá que oír el discurso de So-
riano.

Y la réplica de su amigo.

BRUJERÍAS

ORÁCULOS

Cada día va siendo más difícil que las
personas impacientes deseadas de adelan-
tarse á los acontecimientos, puedan cono-
cer el porvenir.

El ramo industrial tan importante de los
adivinatorios, atraviesa en estos momentos
una crisis muy grave, tanto que se teme su
definitiva extinción.

No hace muchas semanas los periódicos
denunciaron á unas tituladas brujas moder-
nistas, que por medio del espiritismo saca-
ban los cuartos á los impacientes, hacién-
doles creer infinidad de patrañas, acerca de
su futura muerte y eso ha contribuido mu-
cho á enfriar el entusiasmo de los creyen-
tes.

Ahora se anuncia que las autoridades lo-
cales han ordenado á sus delegados y vigi-
lantes que impidan la circulación de las gi-
tanas, á causa de las muchas quejas forma-
das contra esas adivinatoras, que consti-
tuyen «por su sociedad» un peligro para la
salud pública.

El hecho es que ya los crédulos no tienen
tantas facilidades como antes para satisfa-
cer sus ansias.

«¿Seré rico?» «¿Seré pobre?» «¿Me quie-
re la mujer que adoro?» «¿Saldré bien en
mi empresa?»

Estas y otras preguntas inocentes y edu-
cadas, eran contestadas por las bohemias,
por muy poco dinero, y con la sonrisa siem-
pre en los labios.

Si se prohibe á las gitánillas que «echen
la buena ventura», van á quedar en el más
profundo misterio muchas cosas importan-
tes é interesantísimas... para los palominos
atontados, porque eso de conocer de ante-
mano si la novla del preguntado ó el novio
de la curiosa, serán de éste ó el otro pe-
laje, tiene una importancia excepcional.

A estos crédulos no les entra comozón
por saber si son ó no expulsados de Ma-

rruecos, ó si se conseguirá que los pu-
ntes averiados y que amagan catástrofe ferrovia-
ria, serán apuntalados antes de que ocurran
nuevas hecatombes, y por eso no le pregun-
tan y, en cambio, desean averiguar, y es
muy justo, si tendrán alguna en futuro ado-
rado ó si es mágica del derecho ó del izquier-
do, vamos al decir, ó si está ó no pleado de
virtudes.

La modesta industria de predecir el futu-
ro está herida de muerte.

Con esa disposición contra las gitanas,
echadoras de cartas y demás gentes del gre-
mio, quedará sin llenar un vacío ignuoso,
el de los mentecatos, que á todo trance
quieren fijar la rueda de la Fortuna, y que
ahora van á tener que recurrir al oráculo de
Napoleón, y dar, no la vuelta á la manzana
como los guardias de la zarzuela, sino á la
supradicha, con la punta del dedo y cerran-
do los ojos, para después buscar en la pági-
na correspondiente la tan quiblada como
misteriosa respuesta.

Los que quieren saber el porvenir, ten-
drán que dedicarse á estudiar clandestina-
mente los oráculos y ocultarse como los cri-
minales, para no incurrir en el desagrado
de los vigilantes y delegados de la autori-
dad; á menos que prefieran ir á consultar
públicamente á nuestros más ilustres y pe-
ríncipales adivinatorios parlamentarios, esos
que se suben á la tribuna representativa en
cualquiera de los cuerpos colegisladores, y
¡zas, zas!, en menos que se perfuma un cu-
ra loco, endigan una serie de profecías de
todas clases y condiciones, que no hay más
que pedir.

Pero esos adivinatorios y echadores de
cartas «de alto copete» tienen el inconveni-
ente de que se hacen pagar muy caras las
consultas, y si los da por evacuadas por es-
crito y en papel sellado, arruinan al curioso
impertinente, dejándole por puertas antes
de que pueda orientarse acerca de lo que se
le reserva el Hado fiero en este triste va-
lle de lágrimas.

Abel Imart.

CURIOSIDADES

Reparación á Puccini

El teatro Grande Brescia ha ofrecido al
autor de «La Bohemia» y «La Tosca» cum-
plida reparación del fracaso que sufrió en la
Scala de Milán con motivo del estreno de la
ópera «Madame Butterfly».

Los brescianos han casado la dura sen-
tencia dictada por los milaneses.

LOS DOS HERMANOS

349

LOS DOS HERMANOS

348

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 345

donó hasta después de haberla dejado en la piadosa
mansión donde esperaba encontrar el reposo del alma
y si pudiera también, el olvido del mundo. Volvió en
seguida tristemente á Pouilly, donde la casita en otro
tiempo tan alegre y feliz, bajo las flores y las esme-
raldas del campo, no ofrecía sino el aspecto sombrío
del abandono y del aislamiento.

FIN DEL TOMO PRIMERO

Mr. D'Arnay. Esperaba que la dispensasen parte del
tiempo de noviciado, y además se contemplaba ya
muerta para la tierra.

Nada pudo hacerla cambiar de resolución, y á pesar
de cuanto le dijo Juan Castelnau y de las instancias y
lágrimas de Rosita, permaneció inquebrantable.

—Aun cuando Jorge volviese, dijo, ya no podría
ser su esposa; conozco que, lejos de hacerle feliz, no
serviría sino para atormentarle un nuevo sentimiento.
La muerte de Gustavo me había quebrantado, y la de
Jorge me ha quitado hasta la última esperanza de
recobrarle. Me queda muy poco tiempo de vida, y
deseo prepararme para ir á reunirme á ellos en me-
jor vida.

—Pero si Jorge no ha muerto... clamaba el amoro-
so aniano.

—Si no hubiese muerto, padre mío; si volviese, por
fortuna, le diréis que le he permanecido fiel y adora-
do siempre su memoria.

Vinda ya dos veces, me consagro á Dios, porque no
hay ya lugar en mi corazón ni para el amor, ni para
la esperanza. No se principia dos veces á vivir, y yo
estoy ya muerta...

Ocho días después de esta conversación, Juan Cas-
telnau acompañaba á Eugenia á París, y no la aban-

No hay pluma que pueda describir el sombrío dolor
de Rosita, ni la honda tristeza de Eugenia.

Por lo que hace al aniano, á pesar de la firmeza es-
tética de su carácter, no pudo contener sus lágrimas,
que en vano se esforzaba por ocultar á su esposa y á
su hija adoptiva.

Tan desconcertado como ellas y casi alejado por la
terrible conmoción que su alma había experimentado,
saló de madrugada antes de que nadie se hubiese
levantado, y se fué al bosque, donde pasó largas ho-
ras contemplando tristemente los sitios donde en su
infancia y en su juventud sus hijos habían crecido y
jugado tan alegremente á la vista de Rosita, tomando
el mismo parte en sus diversiones.

Aquella atonía, aquel doloroso abatimiento duraron
quince días en la casa de Juan Castelnau, y al cabo
de ellos, vino á surgir en la mente del atribulado pa-
dre un bálumbe de esperanza.

Mi buena Rosita, dijo á su mujer, que miraba silen-
ciosamente el sitio donde el año anterior había estado
sentado Jorge; algo me dice que no debemos perder
del todo la esperanza.

—¿Qué es lo que dices, amigo mío! exclamó la des-
graciada madre.

—Digo que Jorge no debe haber muerto.